

La Meditación sobre el Reino de Dios

Oración: *Orar para recibir la gracia de poder ver con claridad y tener el valor de ser el tipo de persona que escuchará a Jesús cuando Él le llame y no ser tímido ni quedarse atrás, sino ser presuroso y perseverante al seguirle a Él.*

Introducción:

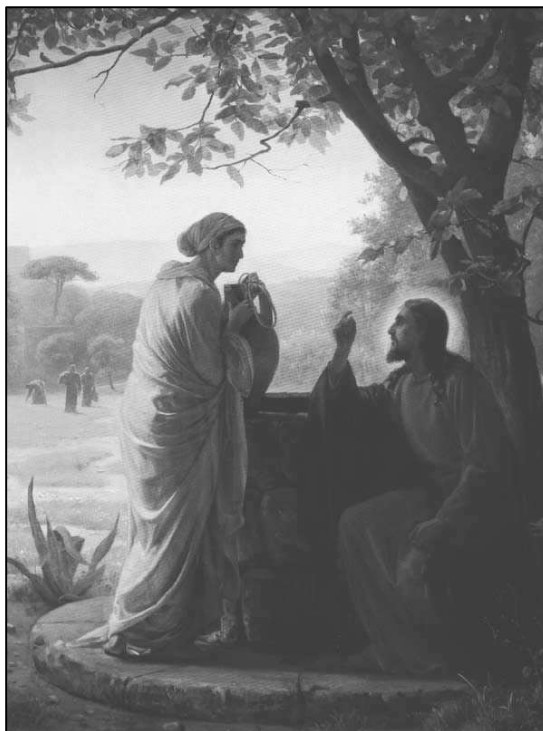
Usted ha sido llamado por su nombre para ser discípulo de Jesús. San Ignacio le pide que piense sobre el nivel de su compromiso mediante una meditación conocida como la Meditación sobre el Reino de Jesucristo. San Ignacio le pide que durante su meditación se imagine que Jesús le está llamando a servir junto a Él para edificar el Reino de Dios. Se presume que usted desea que el mundo sea un lugar mejor; sin embargo, San Ignacio experimentó que el deseo de hacer que el mundo sea un lugar mejor o hacer lo que uno debe hacer no era siempre suficiente para él. En cambio, él sentía que Satanás, el ángel de la oscuridad, trataba a menudo de engañarlo y entorpecer su progreso.

Como San Ignacio estaba familiarizado con los protocolos militares, él usa un ejemplo de dos estandartes. Esta palabra no se usa mucho hoy día, pero se parece a una bandera. Cuando las cosas van mal en una batalla, uno se puede sentir fácilmente desorientado. El estandarte o bandera puede ayudarle a que usted se sienta orientado. Por eso, San Ignacio propone el Estandarte de Cristo Rey como una manera de uno orientarse en la vida.

No obstante, el seguimiento de Jesús puede ser muy arduo. De hecho el seguir a Jesús a menudo va en contra de la cultura y hasta en contra de la intuición de uno. Antes de proseguir, San Ignacio le invita a reflexionar sobre el nivel de su compromiso para seguir el Estandarte de Cristo. ¿Está usted dispuesto a buscar a Cristo como la fuente fundamental de la verdad al sentirse perdido, confundido u ofendido? Hacer un compromiso firme de mirar hacia Cristo como el modelo a seguir para vivir su vida le permitirá continuar su progreso en los Ejercicios Espirituales. Usted debe escoger libremente ser cristiano y seguir a Jesús. La meta es que uno sea capaz de ver como Jesús ve, de escuchar como Jesús escucha y de percibir la realidad como Jesús la percibe. Ninguna otra visión podrá satisfacerlo completamente, si usted verdaderamente quiere ser llamado discípulo de Jesús.

Por supuesto hacer un compromiso con Jesús tiene su precio. Seguir a Jesús podría significar que uno no puede seguir siempre sus propios deseos. Usted renuncia a gran parte del control sobre su propio destino cuando se decide a poner su vida en las manos de Jesús. Satanás va a tratar de tentarlo a seguir otras ambiciones o para manipularlo para que usted use otro tipo de estandarte en su vida. Se le pedirá que usted escoja entre “la mentalidad de Satanás – riquezas, honor y orgullo; y la mentalidad de Cristo – pobreza, desprecio y humildad”. * La mujer samaritana en el pozo es un buen ejemplo de alguien que hablaba con franqueza y sinceridad sobre sus preocupaciones. El seguir a Jesús va a ser difícil. Juan el Bautista pagó su precio y usted va a tener que pagar su precio también; sin embargo, si usted libra una buena batalla y permanece enfocado en su meta, el Señor le va a conceder la gracia que usted necesita para perseverar.

Lea los siguientes pasajes de la Escritura y reflexione sobre cuan comprometido usted está para seguir el estandarte de Cristo. ¿Qué usted necesita para estar más comprometido? Hable con María sobre las cosas que le acercan a Jesús. Converse con Jesús para pedirle ver con claridad lo que realmente significa ser Su discípulo. Hable con Dios, el Padre, sobre el valor que usted necesita tener para seguir a Jesús o sobre cualquier temor o preocupación que



* Aschenbreener, S.J., George. *Stretched for Greater Glory: What to Expect From the Spiritual Exercises.* (p. 94)

usted pueda tener. Escuche lo que María, Jesús y Dios desean compartir con usted y escriba sobre estas conversaciones en su diario. Al comenzar su segunda semana de los Ejercicios Espirituales, usted va creciendo en su relación con Jesús. El compromiso inicial de responder a su llamado personal le ayuda a crecer en su relación con Jesús.

Señor Eterno de Todas las Cosas

*Siento tu mirada sobre mí.
Siento que Tu Madre está cerca observando,
Y que contigo están todas las grandes criaturas del cielo –
Los ángeles, el poder, los mártires y los santos.
Señor Jesús, creo que has sembrado un anhelo en mí.
Si Tú me ayudas, por favor,
Me gustaría hacer mi ofrenda.
Quiero que sea mi anhelo y mi decisión,
Siempre y cuando que Tú también lo desees,
Para vivir mi vida como Tú viviste la Tuya.
Sé que viviste como una persona insignificante
En un pueblo pequeño, despreciado;
Sé que muy rara vez probaste el lujo y nunca, el privilegio
Y que rechazaste aceptar el poder.
Sé que sufriste el rechazo de los líderes,
el abandono de tus amigos y el fracaso.
Lo sé. No puedo ni pensar en todo eso.
Pero me parece una cosa muy maravillosa
que Tú me puedas llamar para seguirte y permanecer contigo.
Trabajaré contigo para edificar el Reino de Dios,
Si me concedes la gracia para así hacerlo. Amén.*



Filipenses 3:7-14 – Pero al tener a Cristo consideré todas mis ventajas como cosas negativas. Más aún, todo lo considero al presente como peso muerto en comparación con eso tan extraordinario que es conocer a Cristo Jesús, mi Señor. A causa de Él ya nada tiene valor para mí y todo lo considero como pelusas, mientras trato de ganar a Cristo. Y quiero encontrarme en él, no teniendo esa rectitud que pretende la ley, sino aquella que es fruto de la fe de Cristo, quiero decir, la reordenación que Dios realiza a raíz de la fe. Quiero conocerlo, quiero probar el poder de su resurrección y tener parte en sus sufrimientos; y siendo semejante a él en su muerte, alcanzaré, Dios lo quiera, la resurrección de los muertos. No creo haber conseguido ya la meta ni me considero un “perfecto”, sino que prosigo mi carrera hasta conquistarlo, puesto que ya he sido conquistado por Cristo. No, hermanos, yo no me creo todavía calificado, pero para mí ahora sólo vale lo que está adelante; y olvidando lo que dejé atrás, corro hacia la meta, con los ojos puestos en el premio de la vocación celestial, quiero decir, de la llamada de Dios en Cristo Jesús.

Mateo 4:12-17, 23-25 - Cuando Jesús oyó que Juan había sido encarcelado, se retiró a Galilea. No se quedó en Nazaret, sino que fue a vivir a Cafarnaún, a orillas del lago, en la frontera entre Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, en el camino hacia el mar, a la otra orilla del Jordán, Galilea, tierra de paganos, escuchen: La gente que vivía en la oscuridad ha visto una luz muy grande; una luz ha brillado para los que viven en lugares de sombras de muerte. Desde entonces Jesús empezó a proclamar este mensaje: “Renuncien a su mal camino, porque el Reino de los Cielos está ahora cerca.” Jesús comenzó a recorrer toda la Galilea; enseñaba en las sinagogas de los judíos, proclamaba la Buena Nueva del Reino y curaba en el pueblo todas las dolencias y enfermedades. Su fama se extendió por toda Siria. La gente le traía todos sus enfermos y cuantos estaban aquejados por algún mal: endemoniados, lunáticos y paralíticos, y él los sanaba a todos. Empezaron a seguir a Jesús muchedumbres: gente de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

Juan 4:1-42 Jesús y la Samaritana en el Pozo – El Señor se enteró de que los fariseos tenían noticias de él; se decía que Jesús bautizaba y atraía más discípulos que Juan, aunque de hecho lo bautizaba Jesús, sino sus discípulos. Jesús decidió entonces, abandonar Judea y volvió a Galilea. Para eso tenía que pasar por el país de Samaria, y fue así como llegó a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca de la tierra que Jacob dio a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, cansado por la caminata, se sentó al borde del pozo. Era cerca del mediodía. Fue entonces cuando una mujer samaritana llegó para sacar agua, y Jesús le dijo: “Dame de beber.” Los discípulos se habían ido al pueblo para comprar algo de comer. La samaritana le dijo: “¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?” (Se sabe que los judíos no tratan con los samaritanos). Jesús le dijo: Si conocieras el don de Dios, si supieras quién es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y él te la daría.” Ella le dijo: “Señor, no tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo. ¿Dónde vas a conseguir esa agua viva? Nuestro antepasado Jacob nos dio este pozo, del cual bebió él, sus hijos y sus animales; ¿eres acaso más grande que él?” Jesús le dijo: “El que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré nunca volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en un chorro que salta hasta la vida eterna.” La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua, y así ya no sufriré la sed ni tendré que volver aquí a sacar agua.” Jesús le dijo: “Vete, llama a tu marido y vuelve acá.” La mujer contestó: “No tengo marido.” Jesús le dijo: “Has dicho bien que no tienes marido, pues has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.” La mujer contestó: “Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres siempre vinieron a este cerro para adorar a Dios y ustedes, los judíos, ¿no dicen que Jerusalén es el lugar en que se debe adorar a Dios?” Jesús le dijo: “Créeme, mujer: Llega la hora en que ustedes adorarán al Padre, pero ya no será “en este cerro” o “en Jerusalén”. Ustedes, los samaritanos, adoran lo que no conocen, mientras que nosotros, los judíos, adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Entonces serán verdaderos adoradores del Padre, tal como Él mismo los quiere. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y verdad.” La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías (que es el Cristo), está por venir; cuando venga nos enseñará todo.” Jesús le dijo: “Ése soy Yo, el que habla contigo.” En aquel momento llegaron los discípulos y se admiraron al verlo hablar con la mujer. Pero ninguno le preguntó qué quería ni de que hablaba con ella. La mujer dejó allí el cántaro y corrió al pueblo a decir a la gente: “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Salieron, pues del pueblo y fueron a verlo. Mientras tanto, los discípulos le insistían: “Maestro, come.” Pero él les contestó: “El alimento que debo comer, ustedes no lo conocen.” Y se preguntaban si alguien le había traído de comer. Jesús les dijo: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado y llevar a cabo su obra. Ustedes han dicho: “Dentro de cuatro meses será tiempo de cosechar”. ¿No es verdad? Pues bien, yo les digo: Levanten la vista y miren los campos: ya están amarillentos para la siega. El segador ya recibe su paga y junta el grano para la vida eterna, y con esto el sembrador también participa en la alegría del segador. Aquí vale el dicho: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes han retornado de su trabajo.” Muchos samaritanos de aquel pueblo creyeron en él por las palabras de la mujer, que declaraba: “El que me ha dicho todo lo que he hecho.” Cuando llegaron los samaritanos donde él, le pidieron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Muchos más creyeron al oír su palabra, y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú nos has contado. Nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.”

En éstas o palabras semejantes... Veo que mi equipo de baloncesto está teniendo dificultad, estamos perdiendo por 25 puntos a la mitad del partido y nos sentimos totalmente extenuados. Estamos muy avergonzados y no nos sentimos dignos de usar este uniforme. El dirigente nos habla y nos dice que está muy orgulloso de nosotros porque sabe que nos estamos esforzando al máximo. Nos dice también que vamos a ganar este partido, que él tiene fe en nosotros y que no importa lo que pase, él no cambiaría a este equipo por nada en el mundo. Sus palabras nos inspiran y animan y nos renuevan las fuerzas y la confianza de que podemos lograr cualquier cosa. Nuestro dirigente y líder sabe siempre qué decir para lograr que nuestro equipo juegue lo mejor posible. Me imagino a mí mismo como el líder y que tengo la habilidad de cambiar el ánimo de la muchedumbre con sólo decir unas palabras. Me siento contento de que la gente se acerque a mí en momentos importantes y difíciles de su vida. Cuando nuestro líder habla, lo hace de una manera clara y nos deja saber que vamos a enfrentar dificultades, pero que todo valdrá la pena, si conseguimos nuestra meta. Me siento llamado a hacer este trabajo y me sentiría muy feliz de haberlo realizado. Veo ahora que Jesús es el líder que me pide que le ayude. Al principio estaba muy sorprendido de que Jesús necesite mi ayuda. Es un honor muy grande que Jesús necesite mi ayuda y mi servicio. Sentiría que es mi deber y un privilegio hacer realmente lo que Jesús quiere que yo haga. La diferencia entre lo que un líder terrenal y Jesús me pueda pedir es muy sencilla. Yo podría admirar al líder terrenal, por eso me sentiría bien si me ofrece un reto, pero si Jesús, a quien yo alabo y bendigo como mi Señor, me pide algo, esto sería el sentimiento más grande de consolación que yo pudiera jamás sentir.



Practicando lo que se Predica ... El Sacramento de la Confirmación le ofrece la oportunidad de reflexionar sobre su compromiso con Jesús. Asista a una Misa de Confirmación y preste atención cuidadosamente a las palabras y a los símbolos usados durante la celebración para ayudar al confirmando a vivir su fe. Recuerde su propia Confirmación y reflexione sobre lo que ha ocurrido con su compromiso personal con Jesús desde que usted fue confirmado.